

### III. *Literatura y filosofía*

VINAGRE LOBO, MIGUEL ÁNGEL, *Los libros griegos de interpretación de sueños*, Zaragoza, Pórtico, 2011, 357 pp.

Vinagre Lobo es un reconocido especialista en el tema sobre el que ahora publica esta amplia y densa monografía. Desde que leyó su tesis doctoral (*La literatura onirocrítica griega anterior a Artemidoro Daldiano*) y pudimos leer sus primeros artículos, entre los años 1991 y 1993, no ha dejado de tocar esta temática y desde perspectivas diferentes y complementarias. Era, pues, en cierto modo casi inevitable que el autor publicase en algún momento un volumen como el presente, en el que se encierran casi (véase luego) todos sus conocimientos sobre esta temática. Su tesis afortunadamente es hoy accesible en los fondos digitales de la Universidad de Sevilla y todo lector interesado puede comparar lo escrito en ella sobre todo con lo que aparece ahora en este volumen en pp. 21-186, es decir, la materia abarcada que se refiere a la información que tenemos sobre el tema antes del libro de Artemidoro, en el siglo II d. C. Puede discutirse, en concreto, el lugar que ocupa aquí un autor como Galeno, por cuanto sus fechas es de suponer que se solapasen más o menos con las de Artemidoro, y lo mismo podría decirse de Elio Aristides, pero creemos que la solución adoptada, la de situar, a efectos del estudio, antes de Artemidoro la restante y diversa producción en torno al tema de los sueños, incluidos algunos posibles contemporáneos, y formando un bloque, para tratar después la obra del autor de Daldis, es la mejor por ser la más clarificadora. Sea como sea y si el lector es extremadamente curioso, podría también hojear los artículos dedicados por Vinagre al tema y hacer las comparaciones con las partes correspondientes de la tesis y de este libro. En casi todos los casos la materia examinada lógicamente coincide, dado que este volumen toca el tema en gran escala, lo que no significa en absoluto que el tratamiento sea el mismo, y una comparación detenida puede dar resultados curiosos, que implican una muy madura reelaboración de la materia. Nosotros hemos observado, por ejemplo, que en la tesis poseen apartados propios las llamadas onirocríticas «licia», «greco-siria» y «minorasiática», de las que por esos títulos no encontramos huellas en este volumen, lo que tal vez podría explicarse porque, de lo contrario, se hubieran desbordado unos límites razonables. Pero no hay tal. Y esos autores, como Paniasis de Halicarnaso, Aristandro de Telmeso y otros están ahora recogidos simplemente entre las fuentes de Artemidoro (p. 210 ss.), lo que nos parece preferible a aquellas ¿escuelas? o más bien meras y coyunturales relaciones de valor más que nada geográfico. A pesar de algún dato tan llamativo como el origen de varios autores onirocríticos en la ciudad de Telmeso. Y no hace falta decir que todos estos autores son examinados con toda la exhaustividad que permiten sus respectivos fragmentos.

Ya en la tesis se dedicaban unas páginas (164-173) al tema de los sueños en otras culturas, ahora recogido en pp. 21-26. Por su parte, las cuestiones terminológicas, que en la tesis poseían un apartado propio, se han englobado ahora en la «Introducción». Y, de hecho, ya aquella, a pesar de su título, dedicaba bastantes páginas a la obra de este, un apartado que ahora ocupa un espacio mucho más digno y denso en el volumen que reseñamos.

Vinagre Lobo, que discute (p. 17) la cuestión terminológica con Del Corno, quien en 1969 publicara el corpus de los textos fragmentarios (*Graecorum de re onirocritica scriptorum reliquia*), aporta una excelente clasificación tipológica de los libros griegos sobre el tema (pp. 14-19), una empresa no fácil y que Del Corno dejara de lado. En cuanto al límite cronológico impuesto por Vinagre, el siglo II d. C., deja fuera de este análisis a algunos autores fragmentarios (cf. p. 14) y desde luego a Sinesio, para el que sin embargo nos ofrece una breve guía bibliográfica (p. 14, n. 3).

Uno de los apartados que, en un libro de esta clase, despierta siempre la curiosidad del lector es el tratamiento dado al caso tan particular de Elio Aristides. Aquí se le dedica un número no excesivo de páginas (177-186), suficientes, desde un cierto punto de vista, para quien no escribió nada parecido a un tratado de onirocrítica; para quien las juzga con un enfoque diferente y que quizás hubiera agradecido alguna novedad, son pocas y sin que en ellas encontremos más allá de una aproximación a estas memorias de un individuo morbosamente obsesionado con el tema del significado de sus sueños. Pero la razón es verosímilmente la de que, en efecto, no estamos ante una obra equiparable a las demás, y desde luego a la de Artemidoro.

Una valiosa aportación es la traducción de una buena parte de los textos onirocríticos fragmentarios, lo que supone una novedad y no solo en lo que se refiere al castellano, junto, naturalmente, con muchos pasajes sobre todo del propio Artemidoro. Y esas versiones son muy ajustadas a los originales, lo que en una materia que cabe llamar técnica como esta es de agradecer. No se dan las citas griegas completas, lo que habría aumentado considerablemente el número de páginas, pero sí se intercalan en las versiones ciertas expresiones o términos concretos.

La amplia bibliografía, totalmente al día, está dividida, como era de esperar, en dos secciones: la referida a las ediciones de las fuentes, incluida la recopilación de Del Corno, que hemos mencionado y que Vinagre ha manejado por supuesto para su estudio de los autores fragmentarios, y la correspondiente a los autores modernos, en la que no hemos observado ninguna laguna merecedora de mención. Es más, en la primera sección se citan incluso las ediciones de Terzaghi y de Garzya de la obra de Sinesio.

En una obra tan minuciosa como esta posiblemente sea más fácil señalar lo que pueda sobrar que lo que pueda faltar. Ciertamente, no echamos en falta el examen de ningún texto que merezca la pena ni el análisis de un autor, salvo los que, como

algunos ya indicados, exceden las fechas fijadas como límite. Pero los estudiosos hubiesen agradecido posiblemente algún índice temático referido tanto a los textos citados como a su tratamiento. Y, en cuanto a lo que pueda estar de más, sólo diremos que, en nuestra opinión, lo están algunas referencias biográficas, mínimas pero no por ello menos redundantes, de autores bien conocidos como Aristóteles (p. 69), Teofrasto (p. 77), Estratón (p. 81), Posidonio (p. 115) o Elio Aristides (p. 177). Digamos que esos datos biográficos no eran indispensables. Pero, repetimos, son en cada caso unas pocas líneas sobrantes y nada más. El resto es una aportación que desde su aparición será de consulta indispensable para cualquier estudioso de esta rica temática. Y no solo para especialistas, sino para los miles de lectores que, profanos en el mundo antiguo, pueden sentirse acuciados por el deseo de saber más sobre lo que siglos atrás se especuló acerca de ese mundo tan apasionante de los ensueños.

MÁXIMO BRIOSO SÁNCHEZ  
Universidad de Sevilla

BILLERBEK, MARGARETHE Y SOMAZZI, MARIO, *Repertorium der konjekturen in den Seneca-Tragödien*, Leiden-Boston, Brill, 2009, VIII + 291 pp.

A un breve prólogo de la profesora Billerbeck (pp. VII y VIII) sigue una introducción en cuatro lenguas (alemán, inglés, francés e italiano) en la que se da cuenta de las dos ediciones sobre las que han trabajado los autores, fundamentalmente la de O. Zwierlein, *L. Annaei Senecae Tragoediae* (Oxford, 1986 con numerosas reimpresiones con correcciones, como indican los autores), además del aparato crítico de la edición de G. Giardina, *L. Annaei Senecae Tragoediae* (Bologna, 1966).

Tras la introducción se ofrece una rica bibliografía que incluye ediciones, monografías y artículos y va seguida por una relación de abreviaturas.

El repertorio, abundantísimo, de conjeturas, distribuido por tragedias, entre las que se incluye la *Octauia* (*Hercules furens*, *Troades*, *Phoenissae*, *Medea*, *Phaedra*, *Oedipus*, *Agamemnon*, *Thyestes*, *Hercules Oetaus* y *Octauia*), se completa con unos apéndices, el primero de los cuales recoge las *emendationes* de Giardina, mientras el segundo informa cumplidamente sobre la edición de Ascensius de 1514 y el tercero lo hace sobre la *Aldina* de 1517.

Dentro de cada tragedia la relación de conjeturas sigue, como es lógico, el orden de los versos y para cada uno de los que son objeto de conjeturas se introduce el término en cuestión, la conjetura y su autor, y la referencia bibliográfica correspondiente; esta última se presenta abreviada, ya que en la bibliografía que precede se encuentra completa. Las siglas de las revistas son, como se indica en la introducción, las de la *Année philologique*. Basten un par de ejemplos de los más sencillos:

HERCULES FURENS: 7 *agit] regit* Barrett, Collected Papers 489-490

MEDEA: 478 *tuorum] duorum* Bentley, J.C. 28 (1882) 489 (= Studia 23) (iam Heinsius), y uno de los más complejos:

MEDEA: 517 *secludendum esse putavit* Zwierlein, Gnomon 38 (1966) 685

*Medea] medere* L. Müller apud Damsté, Mnemosyne<sup>2</sup> 46 (1918) 409

*Nos conflagere certemus* EA, *nos confugere certemus* recc.] *nos conflagere, certemus* Avantius (1517); *neu conflagere. certemus* Lipsius apud Scriverium (1621) 10; *non conflagere. certemus* Lipsii amicus apud Gronovium (1661); *nos conflagere certemus* Scaliger apud Scriverium (1621) 160; *nusquam est fugere? certemus* dubitanter Gruter apud Scriverium (1621) 236; *nos conflagere certamen* D. Heinsius apud Scriverium (1621) 326 (contra metrum); *nos collide: certemus* Grotius, Notae<sup>o</sup>; *nos conferre certamen vel nos conficere certamen vel nos conflagere inter nos* Gronovius (1661); *nos cum rege certemus* Jac. Gronovius, Sched. Diez. 9<sup>o</sup>; *nos conlide: certamen* Anon. apud Heinsium, Adversaria 124; *nos conlide: decertem* dubitanter Heinsius, Adversaria 124; *nos conflagere armatos* Bentley JKPh 28 (1882) 489 (= Studia 23); *nosne aufugere? certemus vel nos aufugere? certemus vel nos, nos fugere? certemus* Bothe (1819) annot. p. 189, qui olim *nos conflagere, et inermes* proposuit; *nos conflagere ardemus* L. Müller, De re metrica<sup>2</sup> 186; *nos conflagere incertus* Damsté, Mnemosyne<sup>2</sup> 46 (1918) 412; *nos, marite, certemus* dubitanter Axelson apud Zwierlein, KK 149; *nos committe. certemus* Hiltbrunner, ANRW II 32.2 p. 973; *nos compone. certemus* Delz apud Zwierlein, KK 149; *at hos conficere certemus* Häuptli (<sup>2</sup>2003).

El suplemento que recoge las enmiendas del volumen I de la edición de Giardina (*Hercules furens, Troades, Phoenissae, Medea y Phaedra*) presenta para cada una de estas tragedias una doble clasificación: *emendationes in textum receptae* y *emendationes fortasse recipiendae (in apparatu critico propositae)*.

En el apéndice relativo a la edición de 1514 de Judocus Badius Ascensius para la que no se utilizó ningún manuscrito, sino una edición anterior, la de Giunta 1506, se describen las gestiones realizadas por Ascensius hasta llegar a la impresión de la edición, con comentario de G. B. Marmita, D. Caetani y el propio Ascensius y la colaboración para la constitución del texto de, entre otros, Valla y Erasmo. Las tablas de conjeturas de los distintos colaboradores se completan con un comentario a cada una del mismo Ascensius.

El apéndice final sobre la edición Aldina, 1517, realizada, esta sí, tomando como base un manuscrito y, a diferencia de la de Badius, sin comentarios, recoge los antecedentes y comienzos de la edición. El método de trabajo consistía en la elección de un códice que el editor mejoraba, bien comparándolo con otros o mediante conjeturas. Como Avanzi indica, la perfección de los trímetros de Séneca es para él un indicio de que el verso senecano que no cumple las leyes de la métrica y la prosodia es corrupto. Las tablas finales presentan las lecturas de los diferentes códices y la elegida por el editor.

El ejemplo presentado aquí del verso 517 de *Medea* ilustra bien el exhaustivo y ejemplar trabajo de años de los autores, que han puesto a disposición de los estudiosos todo cuanto puede saberse de las conjeturas relativas a las tragedias senecanas. No podía ser de otro modo, dada la competencia en el estudio del poeta cordobés de la profesora Billerbeck.

DULCE ESTEFANÍA

Universidad de Santiago de Compostela

CITRONI MARCHETTI, SANDRA, *La scienza della natura per un intellettuale romano. Studi su Plinio il Vecchio*, Pisa-Roma, Fabrizio Serra editore, 2011, 302 pp.

La investigación se inserta en un trabajo más amplio de la autora sobre la obra de Plinio el Viejo en publicaciones anteriores. En este libro, compuesto de doce capítulos, realiza una selección de episodios y pasajes de *Naturalis Historia* en la que muestra ser gran conocedora del autor. A través de ellos y en confrontación con las tradiciones culturales precedentes, va desvelando la sensibilidad y la ideología plinianas que están ocultas en su obra enciclopédica. Su método le lleva a buscar líneas de coherencia que integran elementos muy diversos y significativos de la formación y de la dimensión intelectual, de tipo literario y filosófico, del autor. Esto es lo que en el capítulo 1 nos anticipa la autora a modo de introducción.

Se interpreta, en el 2, el prefacio de *Naturalis Historia*, y se puede decir que en él opera la unión de la actividad de los Flavios y la obra científica pliniana en aportar ayuda y provecho a los hombres, y pone en un nivel subordinado al desempeño de los cargos públicos la actividad científica, que realizaría en la noche. Se adentra la autora en este motivo y observa sus antecedentes. Se resalta el carácter dado por Plinio de obra inacabada, de «obra abierta», tal como consideraban los pintores a sus pinturas y estatuas en Grecia clásica. La permanencia del motivo es también bien estudiada. En los capítulos 3 y 4 se indica la vasta información y erudición documental del autor por sus propias declaraciones y por el testimonio de Plinio el Joven. Frente a la pasión por la lectura y su vocación de escritor, destaca la autora muy atinadamente la deliberada estrategia de Plinio para que no sea leída su obra, bien por temor al juicio de los lectores, bien por la propia materia y sus numerosos contenidos. Se estudian los dos motivos y se destaca la imagen pliniana del libro como un «tesoro» o «depósito». En el estudio del motivo tópico, la autora se sirve de la expresión *utilitas iuuandi* (opuesta a *gratia placendi*), que tiene una tradición literaria, y la considera enseña de la obra pliniana. Estaría bien mencionar el pasaje de Tucídides en el que dice de su obra que le es suficiente con que la juzgue ‘útil’, ὠφέλιμα, quien desee examinar la verdad y la deja como un ‘bien’ o ‘tesoro para siempre’, κτήμα ἐς αἰεί, (Th. 1.22). Se señala el lugar de la retórica en el discurso

pliniano. Se estudia, en el 5, con comentarios muy pertinentes, la función de Plinio como personaje y autor de su escrito, y se resalta la perspectiva con que el autor ve el proceso de su obra y la convicción de su responsabilidad en el tiempo que le toca vivir. En el 6, el texto pliniano se inserta en una tradición sobre Anaxágoras y los cuerpos celestes. En este recorrido, se deja ver la talla intelectual de Plinio en su crítica al texto anaxagórico y en su propio discurso original. En «Polícrates de Samos y la felicidad», en el 7, se analiza la tradición anterior del gesto de Polícrates de arrojar el anillo como garantía de la felicidad. En el discurso pliniano, Polícrates representa una fase antigua del progreso de la civilización, y el aprecio del oro le lleva a una dura crítica de la sociedad romana, pero los rasgos son comunes a la humanidad. Un discurso aparte es el de la felicidad en la obra de Plinio, se constata la general infelicidad para los seres humanos, según el pensamiento de Solón herodoteo. En el 8, se busca en toda la *Naturalis Historia* la representación del dinero. Analizada la tradición anterior, en el texto pliniano se destaca la función social de los metales (materia de acuñación), como instrumento peligroso y causa de discriminación de personas. Se señala la aparición de los términos crematísticos y la modernidad de Plinio en este campo. Se observa agudamente que la psicopatología del lujo del pueblo romano es criticada, pero al moralismo pleno de corte socrático se añade de manera visible en la obra un fuerte elemento de propaganda política. Los cuatro últimos capítulos son más densos en pensamiento filosófico y político, siempre buscando la personalidad y la ideología del autor frente a las tradiciones anteriores; la autora elabora en ellos su propio discurso, muy interesante aunque se puede disentir en algunos puntos. Se pregunta, en el 9, sobre la naturaleza de la relación entre el delfín y el hombre en las historias plinianas. Es el delfín quien se deja morir en conexión al amor por un muchacho. Coherente con su método, busca la especificidad de la amistad del delfín por el ser humano en otras numerosas fuentes. La naturaleza de ese amor se describe y califica según el pensamiento de las tradiciones. Los relatos literarios y poéticos son los que mejor lo intuyen. En un texto pliniano, observa la autora, se daría simbólicamente el paso del delfín y del muchacho, juntos, a la sacralidad por la intervención de Alejandro Magno. Tal vez sea una solución retórica y literaria del autor. El desarrollo del discurso de la autora es profundo, en un nivel filosófico, y está llevado con gran sensibilidad y delicadeza. El capítulo 10, bajo el título «Tiberio Graco, Cornelia y las dos serpientes», tiene un interés particular dentro de la selección hecha, ya que permite a la mujer ocupar un solo lugar en el libro, muy probablemente porque la mujer significa muy poco en *Naturalis Historia* de Plinio. Fuera del episodio de Tiberio Sempronio Graco, se descubre como motivo folclórico la relación de la serpiente y la pareja humana. Y frente a la riqueza de sentimientos que los otros autores indican del episodio, en Plinio no se habla del afecto a la esposa en ningún momento; su versión es muy parca, con gran influencia de la versión de Cicerón, como bien observa la autora. En

el 11, «Un espectáculo con elefantes», se comenta el episodio de la inauguración del teatro de Pompeyo y la exhibición de los elefantes. Deja ver el papel excepcional del elefante en la fantasía pliniana, que cabalga entre la erudición y la fantasía De acuerdo con la extensión que da Plinio al elefante en su obra, también la autora le dedica gran amplitud y se puede considerar el capítulo paradigma de su discurso y de su método, en el análisis ponderado de las variaciones de las fuentes y en demostrar la responsabilidad de Plinio como intelectual de su época. Da a conocer los más variados aspectos de la sociedad romana y los matices en la valoración del enfrentamiento entre animales y seres humanos. La humanización de la figura del animal se va dando en grados diferentes, para Plinio el elefante es el animal más estimado. El desacuerdo es mayor entre los autores en la valoración de Pompeyo. La autora muestra bien las dos facetas de Plinio, la de científico y la de anticuario, gran coleccionista de datos, y también moralista. Plinio no es acrítico con sus riquísimas fuentes, aunque su valoración es con frecuencia imprevisible. En el 12, a modo de demostración conclusiva, refleja la autora la actitud de Plinio en el título: «Mirar el mundo, describirlo, actuar en él». Selecciona, para ello, el pasaje más hondo que Plinio escribe en su obra sobre la especie humana en parangón con los animales en la naturaleza. Analizada la tradición, constata la permanencia de algunos motivos, que están insertos en el discurso pliniano con plena vitalidad y participan en la expresión de su visión del mundo. Es de gran interés su comentario sobre las tradiciones filosóficas anteriores. Tal vez sea más discutible la proximidad que la autora ve entre el discurso pliniano y el de Erasmo a este respecto.

El libro es denso, profundo e interesante. Su lectura resulta amena y útil para el que se dedica a la literatura romana y griega, y para el filólogo clásico en sentido más general. Las notas son a veces esenciales en el discurso y contienen información bibliográfica oportuna sin alarde de erudición. Culmina el libro con una bibliografía pertinente y a la vez abundante, debido a los numerosos aspectos y tradiciones literarias y filosóficas que se tratan. Con un índice muy útil de los pasajes de autores antiguos.

MANUELA GARCÍA VALDÉS  
Universidad de Oviedo

BERTINI, FERRUCCIO, *Attila, 'optimus princeps'*, Bolonia, Pàtron Editore, 2010, 68 pp.

Dentro de la prestigiosa colección «Testi e manuali per l'insegnamento universitario del latino» dirigida por el panormitano Alfonso Traina y codirigida, a partir de la entrega 81, por el citado profesor Traina y por Ivano Dionigi, aparece este intento, tan

sugerente como documentado, de rehabilitar la figura de Atila, rey de los hunos. Los historiadores contemporáneos retrataron con frecuencia al caudillo huno de forma hiriente y despiadada en tanto que delador del *status* político vigente, y no sólo a él, sino también a su pueblo, que aparece caracterizado como un conjunto de monstruos dignos de rivalizar en fealdad física y moral con los mismísimos orcos de Tolkien. En esa misma línea a favor de Atila figura también la documentada biografía de Patrick Howarth, varias veces citada por Bertini (*Attila, King of the Huns*, Londres, 1994, traducido al español por Joan Batallé en 2001), un libro muy recomendable.

Desde el poeta latino Claudiano (*In Rufinum* I 325-330), pasando por Amiano Marcelino (XXXI 2, 1-11), Sidonio Apolinar y el historiador godo Jordanes, hasta nuestro Isidoro de Sevilla (que llama a los hunos *uirga furores Dei* en su *Historia Gothorum, Vandalorum et Sueborum* 28-29), las referencias a Atila y a su gente no pueden ser más desfavorables. En cuanto al célebre episodio en el que el caudillo huno se entrevista en Aquilea con el papa León I Magno, quien lo habría convencido (siempre en el territorio de la suposición) para firmar la paz con el Imperio de Occidente, las fuentes son, básicamente, tres: Próspero de Aquitania, Casiodoro y el antedicho Jordanes, siendo el de Próspero —discípulo de san Agustín y autor de un *Chronicon uniuersale* que continúa la *Chronica* de san Jerónimo desde el año 379 hasta el 455, cuatro años después de la decisiva batalla librada en los Campos Cataláunicos— el único testimonio contemporáneo. Sabemos por el historiador bizantino Prisco (de quien subsisten tan sólo fragmentos, publicados últimamente por F. Bornmann, Florencia, 1979) que a Atila le gustaba recibir embajadas presididas por personajes de primer nivel, por lo cual no deja de ser plausible que recibiera al pontífice romano. Pero no podemos olvidar que Próspero era *notarius* de la corte papal de León Magno y que, por tanto, estaba interesado en dar una imagen de éste lo más gloriosa y positiva posible, instalando la misión pacificadora de su jefe en los borrosos contornos de la leyenda.

Hubiese o no encuentro entre el demonio asiático y el aguerrido y sacrosanto pontífice (que andaba ya por la tercera edad en aquel entonces), lo cierto es que contamos tan sólo para probarlo con un testimonio parcial —el de Próspero de Aquitania— y una esquelética mención por parte de Casiodoro (*Chron.* 1255-1256), ya que Jordanes (*Getica* XLII 223) depende claramente de Próspero. La leyenda cundió, pues lo mismo que León impidió el saqueo de Italia por parte de Atila, santa Genoveva de París hizo lo propio con su ciudad, arrancando al mismísimo caudillo de los hunos la promesa de no devastarla, cosa que éste cumplió al pie de la letra (véase *La vie de Sainte Geneviève de Paris*, ed. L. Bohm, Upsala, 1955).

Aparte del bizantino Prisco, que no se unce al carro generalizado de los detractores de Atila, la figura de éste como *optimus princeps* deriva de testimonios tardíos, relacionados casi todos con la materia épica de los Nibelungos, cuyo monumento literario mayor fue el *Nibelungenlied* (c. 1200), pero que asoma ya en cantares de



gesta latinos anteriores, como el *Waltharius* (siglo X), que tuvo el honor de traducir al castellano (Madrid, 1987; traducción reeditada en 1999 y en 2012) y en el que se afirma que los hunos prefieren vivir en paz y que sólo combaten contra aquellos que se rebelan contra sus leyes, apareciendo Atila como un rey prudente, leal y pacificador (de forma análoga, el Etzel del *Nibelungenlied* que desposa a Crimilda es un soberano justiciero que se comporta con gran cortesía y aparece en todo momento como un monarca magnánimo). En Hungría, por ejemplo, siempre se ha considerado a Atila como un héroe, al identificarse desde siempre a los hunos con los magiares *ante litteram*.

Bertini continúa ofreciéndonos muestras de la huella de Atila en la literatura universal, del *Orlando furioso* de Ariosto al *Attila* de Verdi con libreto del ferrarés Temistocle Solera y a *La leggenda di Teodorico* de Carducci, y, mucho más cerca de nosotros desde una perspectiva cronológica, a novelistas como Alessandro De Stefani (*Il flagello di Dio*, 1930), Louis de Wohl (*Attila. Der Sturm aus dem Osten*, 1949), John Man (*Attila. The Barbarian King Who Challenged Rome*, 2005) o Guido Cervo (*Il segno di Attila*, 2005). E incluso a los seis recentísimos álbumes de *Attila mon amour*, una pintoresca y delirante visión de Atila en cómics obra del guionista Jean-Yves Mitton y del dibujante Franck Bonnet.

LUIS ALBERTO DE CUENCA  
ILC, CSIC

#### IV. *Historia, religión y sociedad*

MARTÍNEZ HERNÁNDEZ, MARCOS, *Sófocles. Erotismo, soledad, tradición*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2011, 239 pp.

Marcos Martínez ha recogido en este libro algunos artículos y trabajos sobre Sófocles ya publicados previamente de forma dispersa en diferentes revistas y volúmenes colectivos entre los años 2000 y 2010. Como permite prever el propio título del libro, sus tres apartados centrales se dedican a los temas del erotismo y la soledad en Sófocles, así como a su pervivencia posterior. A ellos se añaden un prólogo, una «a modo de introducción» y, al final, un apartado de *Varia*.

El trabajo que sirve de introducción lleva por título «El XXV centenario de Sófocles» y, tras una semblanza general del trágico, analiza la tradición (o, más bien, la ausencia) de estudios sofocleos en España, que no comienza propiamente hasta el siglo XX y en la que el autor destaca el papel desempeñado por el Prof. Lasso de la Vega, y también señala, entre los estudios recientes, cuáles son los más importantes y qué aportan.

El capítulo más extenso del libro es el dedicado al erotismo, un tema al que el profesor Martínez viene prestando su atención de forma continuada desde hace ya muchos años. En él se recogen tres trabajos que con el título de «Sófocles erótico» I, II y III habían ido apareciendo entre los años 2000 y 2007. Forman claramente una unidad y es de agradecer que ahora se presenten juntos para que los interesados en la materia puedan acceder a toda la información de manera cómoda. Tratan, respectivamente, del erotismo en la vida y obra de Sócrates y de las alusiones y vocabulario erótico en los fragmentos y en las obras conservadas del trágico. Tras el exhaustivo análisis de la información concluye el autor que, frente a opiniones anteriores, la lista de temas y motivos eróticos que aborda Sófocles es más amplia de lo que se suele pensar y la temática erótica, por tanto, debe tenerse en cuenta a la hora de comprender el pensamiento y las formas de creación literaria sofocleas.

Como no podía ser de otra forma, el tema de la soledad se analiza al hilo de la figura de Filoctetes y cómo la aborda Sófocles en su obra. El profesor Martínez repasa el tratamiento de este tema mítico en la literatura griega (y también en la tradición posterior), lo que le permite contextualizar el modo en que Sófocles se ocupa de él, resaltándose el hecho de que el trágico suponga que la isla de Lemnos está desierta, lo que la convierte así en un escenario que simboliza el abandono y desamparo en que se encuentra el héroe.

El capítulo sobre «tradición» está integrado por un extenso trabajo en torno a la información que acerca de Sófocles proporciona Plutarco y el tratamiento que hace de ella, tanto en lo referido a su vida y obra como a las citas de pasajes de las obras del trágico. Son abundantes esas referencias y esto permite ver cómo Plutarco es realmente una fuente importante para el conocimiento de Sófocles y su valoración en la Antigüedad. Finalmente, el capítulo de *Varia* recoge diversos trabajos breves y reseñas.

El volumen permite, por tanto, consultar de forma cómoda las contribuciones del profesor Marcos Martínez a la interpretación de diversos aspectos de la vida y obra de Sófocles y de su repercusión posterior. Constituye así una muy interesante aportación al estudio de uno de los grandes trágicos griegos.

EUGENIO R. LUJÁN

Universidad Complutense de Madrid

VANESSE, M., *La défense de l'Occident romain pendant l'Antiquité tardive. Recherches géostratégiques sur l'Italie de 284 à 410 ap. J.-C.*, Collection LATOMUS, vol. 326, Bruxelles, 2010, 582 pp.

Una publicación basada en una tesis doctoral sobre el tema dirigida por Y. Le Bohec y valorada por reconocidos especialistas (P. Le Roux, J.-M. Carrié, J.-M. Salamito) es ya una garantía de rigor y de método, a los que suele acompañar una revisión siste-

mática de los problemas y una novedosa teoría. Si, además, ésta es la respuesta a una pregunta nunca antes formulada así por la historiografía, el interés del estudio se duplica. En efecto, los numerosos estudios sobre el tema (v. bibliografía exhaustiva en pp. 434-493) han asumido generalmente de forma acrítica dos hechos tradicionales: la entrada de los visigodos en Italia en 408 y el asedio y posterior saqueo de Roma en 410. Pero la pregunta previa es cómo lo hicieron y, ante todo, por qué pudieron lograr su objetivo. La respuesta a esta cuestión inicial (que puede ser, de hecho, la cuestión final) es compleja, porque implica la realización de varias investigaciones paralelas e interdependientes: la situación de Italia, la configuración de los ejércitos de ambos bandos y el análisis geoestratégico, la principal novedad de este estudio. Por «geoestratégico» debe entenderse cualquier tipo de información geográfica susceptible de ser incorporada al análisis como posible elemento o factor de un sistema de defensa real, condicionado por los medios y recursos de una época determinada. De este modo, en el análisis del sistema deberían tenerse en cuenta, no sólo las instalaciones y los efectivos militares, sino también el *milieu* en sentido amplio, cuyo conocimiento proporciona al investigador elementos de análisis referidos al entorno (orografía, hidrografía, climatología, red viaria, condiciones de accesibilidad, poblamiento, ordenación del territorio, etc.), de los que en gran medida depende el éxito o fracaso de las operaciones emprendidas. Y todo ello referido a un espacio concreto (el norte de Italia o, si se prefiere, la llamada *Italia annonaria*, comprendiendo el arco alpino por el norte y llegando por el sur hasta la zona apenínica) y una cronología bien delimitada entre 284, el comienzo de la época diocleciana (que no tetrárquica: *sic* en p.186) y 410, el saqueo de Roma por los visigodos de Alarico. En suma, la delimitación del marco histórico es coherente y completa. Además, la estructuración del análisis propuesto por M. Vanesse [en adelante: el A.] es clara: los primeros capítulos del estudio (II, III, IV) siguen un orden cronológico, desde el siglo III hasta bien entrado el V, con la presencia de los visigodos en Italia durante más de una década (401-412); el último capítulo (V), en cambio, presenta una estructuración temática en torno a lo que el A. denomina «*la géostratégie empirique*» frente a la teoría tradicional de «*la grande stratégie*», cuestión ya analizada ampliamente por L. Loretto, *Per la storia militare del mondo antico. Prospettive retrospettive*, Napoli, 2006, pp. 62ss.

Con buen criterio, el A. inicia el estudio con una somera aproximación a las fuentes literarias del período (ibíd. pp. 8-10 y relación de autores y obras en pp. 428-434) para determinar hasta qué punto se corresponden con los datos del registro arqueológico, con diferencia los más utilizados aquí. Incluso más, el A. reclama justamente la utilización de la arqueología como «una clave de lectura de la historia» (p. 422). En efecto, el análisis geoestratégico se asienta sobre dos pilares de información básicos: la geografía del ámbito y la arqueología. Podría decirse incluso que los resultados arqueológicos vienen condicionados por la base topográfica de tal modo que no son extrapolables a otros contextos históricos en términos espaciales ni cronológicos. En

definitiva, el micro-análisis del ámbito en términos geoestratégicos se concreta en el estudio de cinco factores básicos, a saber: la topografía, las condiciones climáticas, las vías de comunicación, las fortificaciones y las distancias. Pero una metodología más exigente, la que distingue entre factores estáticos y factores dinámicos, resulta necesaria aquí también para superar la visión tradicional del sistema imperial romano propuesta en los años 70 por el norteamericano E. Luttwak en los términos de una «estrategia en profundidad» (v. pp. 22ss.), característica de la defensa del Imperio en el siglo IV (v. p. 22), que, sin embargo, no parece ser el caso de este ámbito ni de este período. Dicho de otro modo, el estudio geoestratégico exige un análisis previo de la región o regiones del Imperio implicadas con el fin de precisar la especificidad humana y material del ámbito en cuestión. En este sentido, el norte de Italia en la Tardoantigüedad constituye un territorio con notorias peculiaridades, entre las que destaca el hecho de contar con una red de fortificaciones (probablemente desde época diocleciana) sin ser realmente zona fronteriza sino, por el contrario, formando parte de la península italiana, de hecho, todavía el núcleo del Imperio. Es preciso, por tanto, reconstruir de la forma más minuciosa posible la red viaria (terrestre y fluvial) de la Italia septentrional tardoantigua con el fin de determinar las posibilidades reales de desplazamiento de tropas y recursos así como las vías de posible penetración desde el norte hacia el interior de la península. No obstante, para el análisis geoestratégico de comienzos del siglo V resulta realmente prolijo —por no decir irrelevante— describir la situación política de una determinada región durante el siglo III (así en pp. 39ss.) e incluso a lo largo del siglo IV (pp. 53ss.), si luego se concluye que los hechos descritos y el fenómeno en análisis —la invasión de Italia en 408— se deben más a razones coyunturales (aquí denominadas «*solutions empiriques temporaires*» [p. 423]) que estructurales.

Pero el núcleo de la investigación, como decíamos, lo constituye el análisis del «factor geoestratégico» (pp.159ss.). El A. ha dividido este capítulo V en 3 apartados de desigual extensión, aunque de similar importancia para reconstruir de la forma más completa posible el «escenario» de los acontecimientos. Contrastando los datos aportados por las fuentes literarias con los resultados del registro arqueológico y, ante todo, con la información geográfica del ámbito, el A. reconstruye los hechos proponiendo nuevas vías de interpretación, modificando la trayectoria de algunos desplazamientos de tropas y pueblos —visigodos, ostrogodos—, por los pasos alpinos, vías de penetración, itinerarios, estancias, etc. Particular interés tienen para los historiadores los análisis realizados sobre la base de la documentación arqueológica, referidos a los miliarios (pp. 159ss.), fibulas cruciformes (pp. 263ss.), ciudades-satélites (pp. 376ss.) y fortificaciones (pp.273ss.) del Norte de Italia durante este período, cuyos resultados permiten cuestionar la existencia de un verdadero sistema de defensa estable y justificar la segunda penetración visigoda en Italia en 408 por los Alpes orientales.

Sin embargo, se echa en falta un análisis más detallado de algunas cuestiones, tan sólo esbozadas: la presencia bagáudica en los Alpes en 407 (p. 120); los acuerdos de Alarico con el senado (p. 125); las negativas de Honorio a las demandas visigodas (p.121); y, en fin, la ejecución de Estilicón (*ibid.*), quizás por considerarlas tangenciales al tema central del estudio, pero que, por su relevancia en el desenlace de los hechos, reclaman un estudio monográfico que, en gran medida, está por hacer, aunque sería de enorme interés para comprender el decurso de estos primeros años del siglo V en su justa dimensión histórica.

Digno de reseñar es, sin embargo, el extenso aparato crítico que acompaña al estudio en forma de notas, cuadros como anejos (pp.494-534), cartografías (especialmente pp. 541ss.), planos, balances, que enriquecen notablemente el texto y sirven de apoyatura gráfica y documental a futuras investigaciones. No obstante, en un libro de estas características sorprende la ausencia de un índice temático (que no se suple con el breve *Index rerum* [p.580]), que habría sido de gran utilidad para la lectura y sobre todo para futuras investigaciones.

En definitiva, una obra de referencia, no sólo sobre la invasión de Italia en 408 sino también sobre el elenco de cuestiones aquí sólo reseñadas y, en suma, sobre la compleja situación política y militar del Occidente tardorromano, que poco a poco y gracias sobre todo a estudios innovadores como éste va siendo aclarada definitivamente por los investigadores. El futuro dirá si este nuevo modelo de análisis es exportable a otros contextos históricos.

GONZALO BRAVO

Universidad Complutense de Madrid

CHARRUE, JEAN-MICHEL, *De l'être et du monde. Ammonius, Plotin, Proclus*. París, Klincksieck, 2010, 285 pp.

Este volumen es una recopilación de trece aportaciones publicadas de manera independiente entre los años 2001 y 2006 en diversas revistas internacionales de prestigio como *Revue Philosophique de Louvain*, *Kernos*, *Les Études Classiques* o *Emerita*, con la excepción del último trabajo, inédito hasta ahora. Los tres filósofos recogidos en el subtítulo no son tratados con igual profundidad en la obra, porque se dedican las tres primeras aportaciones a Ammonio Sacas, la quinta a Proclo y el resto (ocho) a la figura de Plotino, a los aspectos más importantes de su filosofía y a su relación con otros filósofos, desde Sócrates a Albert Camus. Al final de cada trabajo hallamos una breve conclusión y la referencia bibliográfica de la primera publicación.

En las contribuciones dedicadas a Ammonio Sacas se analizan su figura histórica y la relación que tuvo con sus discípulos Plotino y Orígenes y, en otro nivel, con

el cristianismo. El autor se inclina por relacionar el sobrenombre de «Sacas» con los escitas persas, de donde sería originario, y destaca el testimonio de Plotino para establecer los rasgos fundamentales de la doctrina de Ammonio Sacas. En cuanto a su relación con el cristianismo, Charrue considera totalmente fiable el testimonio de Eusebio de Cesarea de que fue educado por sus padres en la fe cristiana.

Los trabajos cuarto y quinto se centran en la concepción de la providencia y la libertad en el neoplatonismo a partir de los testimonios de Orígenes, Plotino y Proclo, con las particularidades propias de cada autor. En Proclo concretamente se centra el capítulo quinto, el más amplio de cuantos componen el libro. El autor destaca la importancia que Proclo atribuye a la providencia, a la que considera como causa de toda la bondad del ser, y que es compatible con el libre albedrío, subrayando el valor de la elección en la tradición platónica. En la última parte del trabajo se plantea también la existencia del mal y cómo puede coexistir con la providencia.

El resto de las aportaciones que componen la obra versan sobre Plotino y se centran en dos bloques. Por una parte, se analizan aspectos de su pensamiento (la mística, la relación con la gnosis y el estoicismo, y su concepto de la imagen y el deseo). De entre estas aportaciones me ha parecido especialmente sugerente la novena («Plotin et l'image») en la que Charrue analiza las imágenes más poderosas que aparecen en Plotino: la luz, el agua que corre y la danza, todas ellas directamente relacionadas con la visión, y resalta la faceta de Plotino como poeta, en la medida en que por medio de las imágenes establece una relación mimética con el mundo. Analiza igualmente cómo se inserta y funciona la imagen en el discurso plotiniano, por cuanto en principio es un elemento ajeno a la argumentación filosófica; para explicarlo recurre a la muchas veces citada comparación con los jeroglíficos egipcios (*Enéadas* 5.8.6.1-9), que considera central para la postura plotiniana a la vez que parece una paradoja, ya que es casi un rechazo al lenguaje convencional.

Por otra parte, el autor reflexiona sobre las relaciones e influencias entre el filósofo neoplatónico y otros pensadores. Así, en el capítulo siete se detiene en las menciones a Parménides que se hallan en la obra de Plotino y concluye que tuvo acceso directo a la obra del presocrático. En la décima contribución reflexiona sobre la imagen que las *Enéadas* ofrecen de Sócrates siete siglos después su muerte y, a partir del análisis de las citas del filósofo ateniense, resalta las vertientes que de Sócrates subraya Plotino, con una intención claramente apologética. En el capítulo once trata de la relación de Plotino con Epicuro sobre la base de cuatro aspectos concretos: los dioses, la sabiduría, la materia y la sensación. La postura de Plotino en relación con los dioses y la materia es radicalmente opuesta a la de Epicuro, mientras que en lo que se refiere a la sabiduría y a la sensación se aprecian en Plotino influencias de Epicuro en el punto de partida, pero Plotino las conduce siempre a su propia doctrina: el sabio debe llevar una vida autosuficiente y el placer tiene un papel importante y es

considerado como un bien, pero por encima de él está el Bien moral y trascendente, hacia el que el sabio debe dirigirse.

El libro se cierra con la única aportación que no había sido publicada previamente y que trata sobre la relación entre Plotino y Albert Camus. Charrue reconoce que la primera vez que vio el nombre de Plotino fue en su época de estudiante, y en la obra de Camus. Plotino es el filósofo que más influyó en Camus, en cuyo pacifismo ve la impronta plotiniana, y en cuya búsqueda de la unión y armonía de todos los hombres ve el Uno de Plotino. También destaca que algunas de las imágenes y símbolos propios de Camus están elaborados a partir del modelo del filósofo griego, como la imagen del agua. Este capítulo se sale del marco del mundo grecolatino en que se movían las anteriores aportaciones y resulta muy interesante porque el autor demuestra su profundo conocimiento de dos pensamientos tan alejados en el tiempo y viene a demostrar la presencia e influencia del pensamiento neoplatónico en un filósofo contemporáneo.

En suma, se trata de un libro que realiza importantes aportaciones al neoplatonismo, con reflexiones muy densas en un formato ensayístico. El autor va hilvanando su argumentación con citas literales de las fuentes primarias, hecho que, a la vez que demuestra su profundo conocimiento de los textos, respalda todas sus reflexiones.

MARÍA REGLA FERNÁNDEZ GARRIDO  
Universidad de Huelva